

# EL LIBRO, IMPASIBLE FRENTE AL TIEMPO

JORGE R. BERMUDEZ \*

La palabra es el hombre. Sin ella su vida hubiera sido inaudible como el lenguaje de las esferas. Después, fue la escritura: el gesto gráfico de la palabra. Sabemos que el hombre deja atrás la prehistoria cuando comienza a consignar su historia. Desde el barro hasta el papel, pasando por la piedra, la piel y las cortezas de los árboles como portadores del habla humana hecha signo. Su aspiración primera y última fue perpetuar con diferentes grados de belleza y sabiduría la huella de su paso en el tiempo.

De ahí que desde el inicio de las primeras formas de escritura, el libro fuera su mayor premonición. Ese es el camino que abren los primeros textos, en su mayoría esotéricos. Sin embargo, el hombre aún se siente parte de las formidables fuerzas telúricas que lo abruman. Lo transitorio y precario de su existencia le otorga poderes a la voz que rebasa lo puramente terrenal. Más que escribir, oye, memoriza. Por lo que tales textos, aunque son embriones de otros más completos, aún no anuncian la eclosión de una cultura libresca.

Como sociedad, tiene una forma privilegiada de comunicación. La de los albores de la Antigüedad, y de la antigüedad misma, es la palabra hablada. Con ella se corresponden las formas de producción esclavistas; el poder de las castas y del mortal sobrevenido por intereses materiales en dios. Es, por tanto, una de las grandes religiones politeístas y monoteístas. Cultura de dioses y semidioses que, como es notorio, no escriben. Su sobrehumana condición no coadyuva a tal disciplina; parten

del aliento, del verbo, de la voz o sea, de la palabra hablada como prefiguración de la vida y de la muerte. De tal forma, la voz se basta a sí misma para proyectar el destino de una especie que apenas empieza a separarse de la naturaleza. El libro, por consiguiente, no tiene razón de ser. Para perdurar está la piedra, y el comportamiento a tono con las preceptivas del culto. Mientras, la idea suprema de la muerte, como sobrevida, va identificándose con el mundo espiritual, de las clases dominantes, en correcta adecuación con las relaciones de producción que pretendían perpetuar. No obstante, la cultura de la palabra hablada empezó a evolucionar allí donde se modificaba el cerrado mundo de las primeras grandes civilizaciones fluviales: en el Mediterráneo oriental. Creta, las costas del Asia Menor y La Hélade serían los centros renovadores al socaire del desarrollo del comercio y una nueva concepción del mundo que hizo del hombre la **medida de todas las cosas**. Aunque, cabe aclarar, ello no conllevó todavía el triunfo de la cultura de la palabra escrita. Contrariamente a lo que la obra de los poetas y filósofos griegos hace pensar, la cultura de la Grecia clásica fue aún por contenido y expresión propia, parte de la cultura de la palabra hablada. Veamos.

Al igual que las otras civilizaciones de la Antigüedad, la griega tuvo sus primeras manifestaciones en la poesía cantada, la que seguida de cerca por el teatro, devino a través de la oralidad cuerpo primero de su historicidad y saber. No por casualidad, la poesía fue el género literario por antonomasia de la Antigüedad,



y la épica, su forma fundamental de expresión. El hecho de que Homero fuera ciego, es todo un símbolo de esta cultura. De ahí que con independencia de que fuera el autor total o parcial de *La Ilíada* y *La Odisea*, primero tuvo que oír las fragmentariamente en voz del pueblo, para luego concertar las historias que cantarían de memoria. Los llamados *homéridas*, tiempo después llevarían estos cantos a la palabra escrita. Los filósofos y poetas griegos del Período Clásico, ante el desarrollo social y cultural no desconocieron la necesidad e importancia de la palabra escrita, pero seguían nostálgicos recordando los tiempos de la oralidad. En este sentido, es plausible conjeturar que parte del prestigio que goza Sócrates en la historia del pensamiento occidental y universal, se deba a que fue el último en negarse a escribir. Su mejor discípulo, Platón, sentía aversión por la escritura. De ahí que la mayoría de sus textos asuman la forma de diálogos. Plotino fue del criterio que la escritura no era esencial. Es de recordar también la importancia que por entonces empezó a tomar la oratoria. Tanto el griego como el romano se sirvieron de ella por sus cualidades como género para propagar ideas, en una época en que la posesión de un texto manuscrito era privilegio de unos pocos. La influencia creciente del pueblo en la vida política de las ciudades estados griegas y romanas, hizo de la oratoria el arma pri-

mera de todo hombre con aspiraciones de poder. Quien no la dominara, no se imponía en el ágora o el foro. La utilidad práctica de la verdad propuesta por los sofistas, fue, en última instancia, la respuesta filosófica a este momento de la humanidad.

Sin embargo, el desarrollo de la sociedad iba imponiéndole al hombre nuevas formas de manifestarse a través de la palabra. La poesía lírica y trágica empezó a escribirse. Los textos geográficos, históricos y filosóficos, cada vez más complejos y basados en la observación de la naturaleza y la sociedad, obligaban más a la anotación, a la escritura, que a la discusión o el comentario, aunque sin excluirlos.

La historia se pensaba haciéndose. La biblioteca de Alejandría es, tal vez, el mejor ejemplo de esta toma de conciencia del hombre antiguo. Y, por consiguiente, el primer gran paso del más avanzado pensamiento de la época hacia las nuevas formas escritas de manifestarse la palabra. De ahí que alrededor de su incendio ocurrido en el siglo VII d.n.e., se tejiera una serie de leyendas; algunas, relacionadas con una conjura intelectual que buscaba destruir las bases nacientes de la escritura. Fuera cierto o no, se comprende que su destrucción retardó la evolución de la nueva cultura por varios siglos. Pero, es de aclarar, tales avances aún estaban muy lejos de anunciar la entronización de la palabra escrita como un hecho cultural definitivo. En todo caso, tales obras sólo fueron los primeros y más importantes síntomas de la lógica evolución de la palabra, que el lenguaje como hecho social requería. Por lo que en el seno mismo de la ya madura cultura de la palabra hablada, se marcó el inicio de un período de tránsito hacia la cultura escrita, que en sus desvíos y retrocesos contempló aún el modo de producción feudal.

En esta perspectiva, no es de sorprender que el libro, tal y como lo entendemos hoy, sea un hecho cultural propio de la historia moderna. La descomposición del modo de producción esclavista, lógicamente,

activó la decadencia de la cultura de la palabra hablada. Pero, las particularidades socioeconómicas del nuevo modo de producción feudal no alentaron su caída. La Iglesia, como órgano rector de la vida cultural medieval juzgó los textos paganos como impropios a su fin, encaminando de nuevo las manifestaciones artísticas y literarias hacia las irrepresentables regiones de lo divino.

Los textos manuscritos e iluminados, característicos de esta época, no garantizaron, ni con mucho, que prevaleciera la palabra escrita sobre la hablada. Por el contrario, esta última se reforzó con el carácter evangelizador de los predicadores y el analfabetismo casi completo de las masas. El culto le dio prioridad a la palabra hablada. La oratoria sacra floreció. Y la piedra, una vez



más, sirvió en los monasterios y las catedrales para ilustrar los pasajes más emotivos y representativos de la historia cristiana. Mientras, en los predios de la naciente cultura cortesana volvía a resurgir la poesía épica y lírica, esta vez cantada por trovadores y juglares.

La oralidad, como el fuego antes de apagarse, daba sus últimos destellos. Correspondiéndole al *Corán*, como libro sagrado de la última gran religión monoteísta de la humanidad: el islamismo, ser ejemplo cimiento de tales rescoldos. No por casualidad, el *Corán* quiere decir *lectura*, en concordancia con su profunda raíz oral. Lo que explica, por otra parte, que el analfabetismo de Mahoma no fuera impedimento para convertirlo en el profeta del dios. Mahoma, como Jesús, no escribe: predica, dicta. Otros se encargarán de llevar al papel sus palabras, la tradición oral en que sustentaron su testimonio divino. Proceso que, en el caso de la *Biblia* —cronológicamente primera, y cuyo significado es libro—, llevó no menos de quince siglos. Ambos textos, sin embargo, no responden a la oralidad primaria, a la voz viva, sin contacto con forma alguna de escritura. Con una influencia limitada, ya coexisten en sus páginas la escritura y la voz. Siendo característica del tránsito hacia el predominio de la palabra escrita, que en un plano ideológico alcanzó su clímax con el antagonismo islamismo-cristianismo durante la Edad Media.

Es precisamente este tránsito el que en cierto modo ejemplifica la experiencia que cuenta San Agustín, cuando desconcertado vio por primera vez al obispo de Milán, estudiar solo y en silencio un texto sagrado escrito a mano. Experiencia que bien podría repetirse, cuando en sustitución del libro, el hombre utiliza para el estudio sistemas de enseñanza por imágenes, transmitidas desde centros tecnificados para tal fin.

Paralelamente con la aparición de los primeros síntomas de descomposición del sistema feudal,

apareció en Europa una literatura que, por su contenido y expresión, ya reflejaba otro mundo y reclamaba otra cultura. Me refiero a los primeros textos sobre viajes a tierras desconocidas, fermento de lo que más tarde serían los géneros representativos de la cultura de la palabra escrita: el testimonio y la novela. Como todo lo nuevo, dichos textos fueron difamados.

El poder eclesiástico no podía admitir formas tan actualizadas y atractivas de manifestar la palabra escrita. Tales libros, copiados a mano y al margen de la palabra divina, se escribieron por comerciantes aventureros y hombres de ciencia. Es importante señalar que al no poderse quemar por heréticos, se les desvirtuara el carácter veraz de sus contenidos, llamándolos de "imaginación o maravillas". De éstos, merece citarse el relato que Marco Polo dictara a su compañero de celda Rusticiano de Pisa, sobre sus largas y sorprendentes aventuras por el Asia.

Resulta sintomático que a su autor se le conociera por el apodo de Marco Millones, en alusión al "millón" de fantasías que contaba. Como es notorio, éstas y muchas otras fantasías resultaron ser verdaderas, que el Renacimiento se encargó de verificar a partir del auge investigativo y los viajes de descubrimiento, al estímulo de la gestación de un nuevo orden económico y social que culminaría en la sociedad maquinista del siglo XIX, y el establecimiento del modo de producción capitalista. Transformación a la que coadyuvó el desarrollo de la palabra escrita. La que ya había logrado su entronización como cultura a través de la invención y aplicación de la imprenta y, por extensión, del libro moderno.

Sin embargo, el camino que a mediados del siglo XV había llevado a la invención de la imprenta tenía muchos siglos de haberse iniciado. El mismo partía de China, cultura que realizó una serie de descubrimientos que han quedado como testimonio vivo del primer gran desarrollo científico-técnico de la humanidad. De estos descu-

brimientos, dos son los que interesa destacar: la tecnología de la fabricación del papel (siglo I a.n.e.), y el ininterrumpido proceso de perfeccionamiento de las técnicas de impresión, que llevaría a la impresión con tipos móviles de madera, barro y porcelana. Esto último, ya un hecho en el siglo XV d. n.e. Sin embargo, las particularidades del idioma chino no facilitaron la prosperidad de la imprenta por entonces. Compuesto por unos 80 mil tipos, hubieran hecho falta cuatro millones de formas sueltas, aproximadamente, para su establecimiento. Por lo que la impresión del grabado de sus caracteres en tabla siguió siendo el medio más factible.

Mientras, su incomunicación con el Occidente impediría a Europa por varios siglos tener conocimiento de la invención. Además, es de comprender que si bien éstos eran el logro más acabado del ya milenarior desarrollo de las técnicas de impresión, estaban aún muy distantes de ser perfectos. Los mismos se deterioraban rápidamente luego de un limitado número de impresiones.

Por otra parte, los caracteres grabados a mano no permitían una uniformidad, tanto en la superficie de impresión como en la forma de los tipos, lo que provocaba una deficiente e inexacta impresión, además de dejar en el reverso de la hoja su relieve, inutilizándola. De ahí que en los inicios del siglo XV, el desarrollo alcanzado por las técnicas de impresión aún no propiciaran la nueva cualidad que conllevaría la masividad y democratización del libro a través de la imprenta.

Será en este aspecto novísimo en la historia de los impresos, donde el invento de Gutenberg se revelará en su verdadera dimensión, tocándole a Europa culminar una evolución que, semejante en algunos aspectos a la operada en China, tuvo a su favor corresponderse con el advenimiento de las formas precapitalistas de producción. Hecho determinante, en la medida que coadyuvó a la síntesis y definición funcio-

nal de medios de impresión desgastados por el uso, los que complementándose cualitativamente, alcanzarían por esta época su acabada forma como manifestación.

En ambiente tan propicio, no pocos fueron los hombres de "ingenio" antecedente del futuro ingeniero que aspiraron a descubrir un nuevo sistema de impresión. Coster en Harlem —para citar uno de los más importantes—, ya había tallado tipos móviles o sueltos de madera, cuando Gutenberg inició sus trabajos en este campo. Sólo que Gutenberg fue más lejos que el holandés, al tallarlos en metal. No por casualidad, pertenecía al gremio de plateros de Maguncia. También perfeccionó la prensa de imprimir de los grabadores medievales, quienes a su vez la habían tomado de la milenaria prensa de exprimir uvas. Más la cualidad sólo llegó cuando Gutenberg, en un acto tan lógico como genial, pasó de la talla de los tipos a fundirlos en matrices de metal, alcanzando con ello su uniformidad y perdurabilidad así como una óptima calidad en la impresión y un considerable aumento en las copias. Además del surgimiento de un ilimitado campo de diseño, que contemplaría también el mundo del libro y la prensa, tan bello y nuestro como el que habitamos. No con menos razón que acierto poético, el canadiense Marshall McLuhan ha denominada este mundo: La galaxia Gutenberg.

Pero hay más. Al fundir Gutenberg los tipos sueltos en matrices de metal, insospechadamente, también diseñó el primer sistema para una producción en serie. El que cuatro siglos después caracterizó la forma específica de producir la máquina los objetos de uso. Sin embargo, este último paso es el que une a su importancia y trascendencia una mayor falta de clarificación. Quizás, ello se debió al carácter secreto que tomaron tales trabajos a partir de 1450, por ser precisamente esta innovación la piedra clave que cerraría todo el sistema de impresión descubierto. En cuanto a la probabilidad de que Gutenberg no cul-

minara este último y definitivo paso, puede comprenderse, atendiendo a los problemas económicos que afrontó, y que le llevaron a asociarse con Juan Fust en el invento.

En un plano puramente especulativo, todo hace pensar que éste hizo sus planes con vistas a poseerse, en el momento preciso, de tales innovaciones. En 1455, Juan Fust demandó judicialmente a Gutenberg, exigiéndole la devolución —con intereses— de las sumas que le habían prestado. Así, la esperada insolvencia del inventor le permitió

dad a la prudencia inventó una manera más fácil de fundir los caracteres y completó el arte". Mientras que Juan Schöeffer, hijo de Pedro y nieto de Fust, al publicar una traducción alemana de la Historia de Tito Livio, en 1505, escribía en la dedicatoria: "Este libro ha sido impreso en Maguncia, ciudad donde el admirable arte de la imprenta fue inventado, sobre todo por el ingenioso Juan Gutenberg en el año 1450 y posteriormente mejorado y propagado a costas y por obra de Juan Fust y Pedro Schöeffer".



a Fust quedarse con su imprenta, y lo que era más importante, con su experiencia técnica acumulada durante décadas de trabajo. El legatario directo de dicha experiencia sería Pedro Schöeffer, yerno de Fust. Puesto por éste provisoriamente como auxiliar de Gutenberg, supo aprovechar a su favor tan lamentable pleito, y, sin desdeñar ingenio —y en ello hay ya una opinión muy generalizada—, llegar a culminar tales trabajos con matrices, haciendo el proceso de impresión más fácil y expedito.

Años después, el propio Schöeffer contaría al historiador alemán Trithemius, que "uniendo la habili-

No obstante, cabe advertir que tal invención no significó del todo la aniquilación de la oralidad. Nada de lo creado por el hombre parece totalmente. Por el contrario, con la entronización de la palabra escrita en los principales centros de desarrollo burgués de la época, la oralidad en sus formas particulares de manifestarse no sólo subsistió, sino que influyó en los nuevos movimientos literarios que perfilarían las culturas nacionales. Llegando incluso a ser fermento de nuevas epopeyas para nuevos pueblos. Como bien ilustran *El Kalevala*, epopeya nacional de Finlandia, publicada por pri-

mera vez en 1835, en pleno romanticismo, y el no menos significativo *Martín Fierro*, poema nacional argentino y clásico de la literatura hispanoamericana. A los que podrían sumarse decenas de obras, disímiles por su contenido y origen cultural.

Bástenos recordar la recopilación de cuentos de los hermanos Grimm, y la tradicional poesía repentista de nuestros campos, la que tiene en su haber una obra de la talla de *Los Rumores del Hórmigo*, del poeta cubano Juan Cristóbal Nápoles Fajardo. Mientras, en las zonas del mundo de desarrollo retardatorio, la oralidad llegó a evolucionar según sus propias leyes. Tal y como lo testimonian en nuestros días los cantos y mitos de numerosas comunidades de Oceanía, Asia, Africa y América Latina. No menos influyó la oralidad en los hábitos de estudio y de diseño que lastraron por varios siglos al desarrollo de la palabra escrita. Veamos algunos ejemplos significativos.

A dos siglos de la muerte de Dante, la *Divina Comedia*, más que leerse, se comentaba e interpretaba por el pueblo en las calles de Florencia. El diseño de los tipos y su distribución en la página fue hasta el mismo siglo XIX muchas veces reminiscente de los textos románicos y góticos escritos a mano. En pleno siglo de la Ilustración, aún era hábito leer en voz alta y en grupo. Mientras que la propia imprenta accionada a mano ataba lo revolucionario de su función a formas de trabajo artesanales, con mucho más dadas a la cultura de la palabra hablada, que a la escrita.

Sin embargo, la palabra escrita, como forma privilegiada de comunicación de los tiempos modernos, era ya un hecho irreversible. Lo que en los inicios mismos de la imprenta, en su periodo incunable, bien esbozó la corriente más progresista de los impresos. Si por razones obvias, Gutenberg y compañía se iniciaron como impresores y editores con la *Biblia* de 42 líneas, ya Aldo Manucio, décadas más tarde, lo hacía con sus famosas ediciones príncipes de

los clásicos griegos y latinos. Haciendo, además, corresponder formas y medios con tales contenidos: reducción de formato, supresión de ornamentos, caracteres más condensados que permitieron imprimir más texto por página, etcétera.

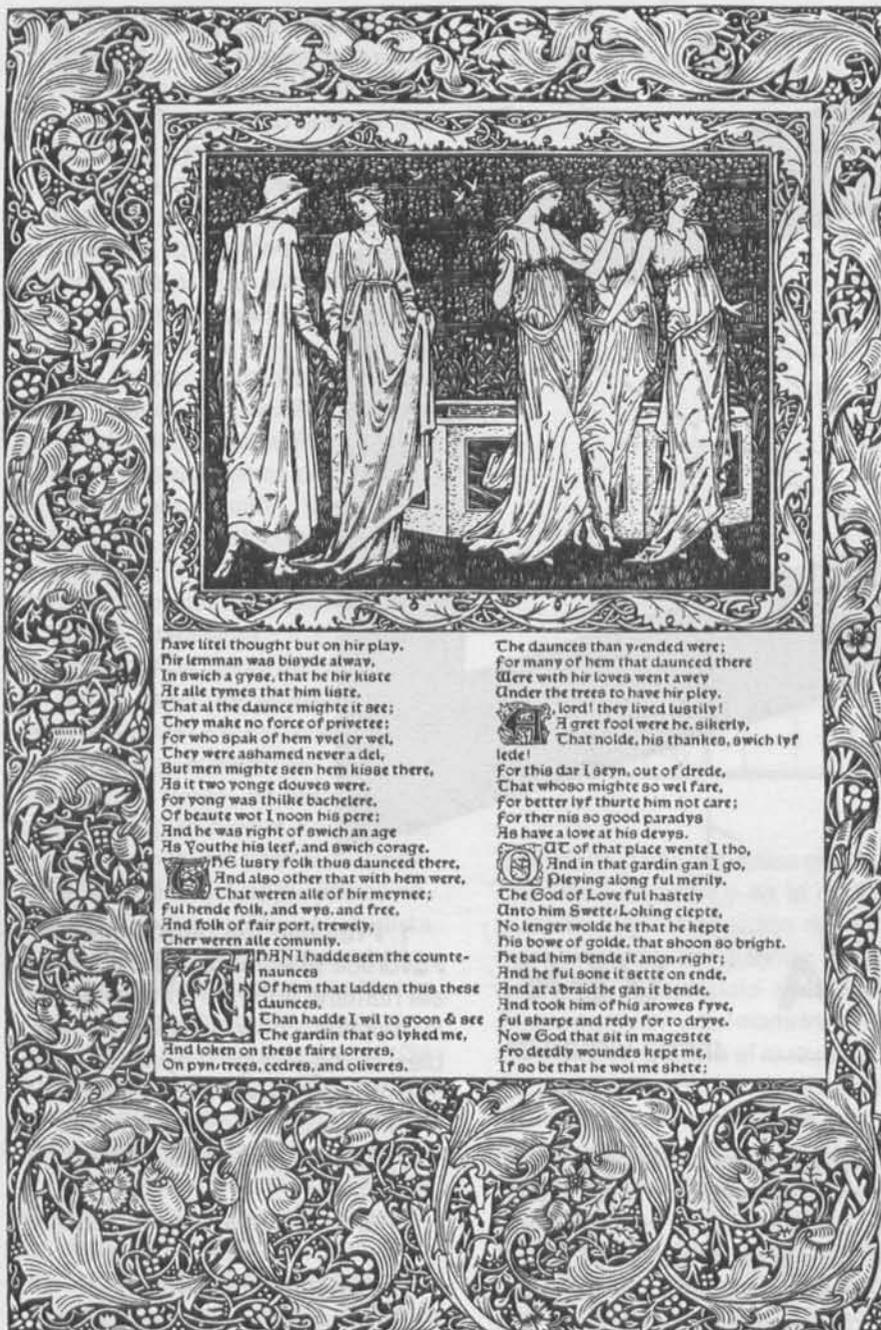
La validez de su novedad, tan a tono con las nuevas necesidades de la época, fueron seguidas por otros impresores, sintomáticamente, radicados en los principales centros burgueses del Viejo Continente. Pero tal tendencia progresista en los impresos, aún tendrían que esperar el triunfo definitivo de la burguesía como clase impulsora de la historia y, por consiguiente, a la definición de su específico proceso productivo a través de la máquina. Hechos con los que el libro empezó a alejarse definitivamente de las influencias tradicionalistas alentadas por la oralidad. Siendo las más determinantes la aplicación de la máquina de vapor a la imprenta en 1820, y el consiguiente desarrollo y perfeccionamiento de las nuevas técnicas de impresión y reproducción gráficas a los estímulos de los empeños editoriales de nuevo cuño, que tendrían en el libro profano y la prensa escrita los dos medios más dinámicos del acto de información.

Desde entonces hasta la fecha, la escritura se ha ido imponiendo y refinando. El cúmulo de obras escritas de todo tipo es tan grande y su importancia para el mejoramiento humano tan decisiva, que a veces nos resulta imposible pensar que el hombre no surgiera como tal, escribiendo. El planeta, hoy por hoy, es más un libro que una esfera. Y, nuestra sensibilidad, formada y enriquecida en tal cultura, se resiste a pensar en otras formas de comunicación que no contemple la escritura, el libro; a la vez que repele la inmediatez y transitoriedad de la voz por sí sola para tal fin. Esto último, empero, pareció en sus inicios desmentirlo la radio y el disco. Y, con más actualidad, el proceso de miniaturización operado en sus diseños, lo que permitió una autonomía

mayor en el uso y disfrute de ambos. Pero sólo lo han conseguido en parte, ya que les ha faltado la imagen, tan antigua como la palabra misma.

Una sombra o una gesticulación sugería al hombre de las cavernas toda una realidad no menos amplia que la que nos puede sugerir hoy en día una fotografía. La imagen (estática) siempre lo acompañó como un medio más de comunicación. El arte recoge su huella más poderosa. Pero, sólo el desarrollo científico-técnico del siglo XX ha hecho posible, por primera vez, que voz e imagen (activa) sean una unidad de conocimiento. El cine primero, y la televisión más tarde, realizaron tal proeza. Hoy podemos decir que el avance extraordinario de los medios de comunicación masivos por la imagen es una característica fundamental de nuestra época. En este sentido, la escritura ha perdido terreno, está en crisis. Pero es una crisis relativa. Obviamente, el error está en comparar su importancia actual con la alcanzada en el siglo pasado y en la primera mitad del presente, cuando fue sin oposición alguna el medio privilegiado de comunicación, a pesar de que la poesía, como siempre, oteando el devenir del lenguaje, contempló ya en los célebres caligramas en Guillaume Apollinaire, las posibilidades últimas de la disposición en la página de la palabra escrita e impresa.

También nos lamentamos a menudo por la importancia creciente que en la formación de nuestros niños y jóvenes tiene el cine y la televisión. Lamentamos la paulatina pérdida del hábito de la lectura, y porque en su formación la uniformidad y el facilismo estético-visual que caracteriza buena parte de sus creaciones no coadyuva de inmediato a logros mayores en esta dirección. Pero, acaso, con muchos libros nos sucedió y sucede lo mismo. En sus peores ejemplos, el cine y la televisión no son más dañinos que lo que fueron en su momento (siglo XIX) buena cantidad de folletines, gacetas, revistas y periódicos.



Have litel thought but on hir play.  
 Hir lemman was biwde alway.  
 In swich a gyse, that he hir kiote  
 At alle tymes that him liste.  
 That al the daunce mighte it see;  
 They make no force of pryvete;  
 For who spak of hem svel or wel,  
 They were ashamed never a del.  
 But men mighte oen hem kisse there,  
 As it two yonge doves were.  
 For yong was thilke bachelere,  
 Of beaute wot I noon his pere;  
 And he was right of swich an age  
 As Youthe his leef, and swich courage.  
**H**E lustry folk thus daunced there,  
 And also other that with hem were;  
 That weren alle of hir meynee;  
 Ful hende folk, and wys, and free,  
 And folk of fair port, trewely,  
 Ther weren alle comunly.  
**H**EN I hadde seen the counte-  
 naunces  
 Of hem that ladden thus these  
 daunces,  
 Chan hadde I wil to goon & see  
 The gardin that so lyked me,  
 And loken on these faire lovenes,  
 On pyn trees, cedres, and oliveres.

The daunces than y-ended were;  
 For many of hem that daunced there  
 Weren with hir loves went away  
 Under the trees to have hir play.  
**H**o lord! they lived lustily!  
 A gret fool were he, sikerly,  
 That nolde, his thankes, swich lyf  
 lede!  
 For this dar I seyn, out of drede,  
 That whoso mighte so wel fare,  
 For better lyf thurte him not care;  
 For ther nis so good paradys  
 As have a love at his devys.  
**O**UT of that place went I tho,  
 And in that gardin gan I go,  
 Pleying along ful meryly.  
 The God of Love ful hastely  
 Unto him Swete Loking clepte,  
 No lenger wolde he that he hepte  
 His bowe of golde, that shoon so bright.  
 He bad him bende it anon right;  
 And he ful sone it sette on ende,  
 And at a braid he gan it bende,  
 And took him of his arowes fyve,  
 Ful sharpe and redy for to dryve.  
 Now God that sit in mageste  
 Fro dedly woundes hepe me,  
 If so be that he wol me shete:

Cabe advertir, además, que el cine y, sobre todo, la televisión, aún están por concluir el proceso de definición de su lenguaje. Por lo que al igual que en otros tiempos y formas de comunicación, ahora lo dañino no está en un cercano predominio de la imagen sobre la palabra escrita, sino en la sociedad y los intereses a que responde el hombre que la usa.

En esta perspectiva, es de comprender que más de un estudioso de

estos problemas sólo saque en claro la posibilidad del inicio de un proceso de declinación de la llamada cultura de la palabra escrita. A nosotros, hijos de esta cultura, nos inquieta tal posibilidad. Pero también la vida nos demuestra que el hombre nunca renunciará totalmente a lo que ha creado determinado por las necesidades de su desarrollo. Sin negar el desarrollo, que es como negarnos a nosotros mismos,

pensamos que la palabra escrita, y, por extensión el libro, aún tiene mucho que hacer. Sobre todo, por esa humanidad desposeída y subdesarrollada que conforma más de la mitad de la población total del planeta. El solo hecho de que el actual mapa de la pobreza, la desnutrición y la mala salud coincidan en gran parte con el mapa del analfabetismo, aún hacen del libro el arma primera para acometer tan ingentes tareas. Las que se traducirán, lógicamente, en combates por el conocimiento, en combates por la reafirmación de sus propias identidades culturales, diezmadas o desvirtuadas en grado sumo allí donde la nueva cultura de la imagen, sutil o agresivamente manipulada por las transnacionales de la información, actúa como somnífero de tales estados de explotación. No es de extrañar, pues, que al igual que en otras épocas difíciles de la humanidad, en la nuestra se prohíban libros, se quemen libros. Y es, que su papel histórico-cultural está muy lejos de haberse acabado.

Vendrán tiempos en que otras formas de comunicación sean las más aptas para el desarrollo logrado por tales sociedades, pero nunca llegará el momento en que el hombre renuncie al legado cultural del libro, so pena que renuncie a su condición de hombre. Es más, aventuramos esta esperanza: en el reino de la más alta tecnología, como podrá ser una estación espacial o el poblamiento de un nuevo planeta, se volverá siempre al libro. Tal y como nosotros, hijos de la máquina y de la energía eléctrica y atómica, no hemos podido renunciar a un paseo por mar en un barco de vela, o a un fuego hecho con ramas, para hablar una vez más a su resplandor sobre el pasado y el futuro del hombre.

\* Profesor en la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Habana, Cuba. Autor del libro *De Gutenberg a Landakuz* y del libro *Gráfica e Identidad Nacional* próximo a publicarse.